



E. Alvarez Dimant
Tanger, 1898

ALBUM SALÓN *A/6*

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 1.º DE OCTUBRE DE 1898

NÚM. 27

Director - Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor - jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Ka abal*).—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

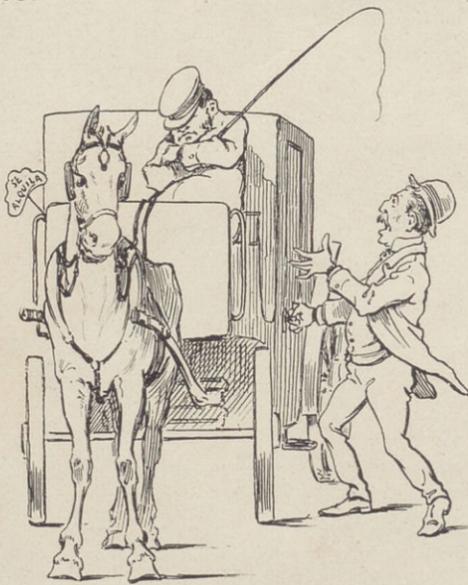
Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

DE SORPRESA EN SORPRESA, por M. NAVARRETE.



—¿Qué es esto? Todo en desorden... aquí faltan las pulseras de mi esposa, su aderezo y... ¡Cielos! ¡Me han robado!



Y sin más esperar, toma un coche, decidido a poner al Gobernador en conocimiento del inaudito robo de que ha sido víctima.



El celoso jefe de la provincia, despacha á sus menos celosos sabuesos, con una lista exacta de las alhajas perdidas.

OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

| | | | | | | |
|---|-------|------|--|--|-------|------|
| Tres danzas españolas. | Ptas. | 3 | | Tres Mazurkas de Salón. | Ptas. | 2 |
| Scherzo Fantástico. | " | 3 | | Primer capricho de Concierto. | " | 1'50 |
| ¡Souviens-toi! | " | 2'50 | | Minueto de la primera Sonata. | " | 1 |
| Vals - capricho. | " | 1'50 | | ¡Sola en el mundo! célebre polka. | " | 2 |
| A los toros (Gran éxito); paso doble militar. | " | 1 | | La Alhambra, poema sinfonía para orquesta. | | |

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. * Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Edición la más moderna, lujosa y económica.

UN REAL CUADERNO

Tirada especial para los Cervantistas, de cien únicos ejemplares numerados, en papel superior; al precio de 75 ptas.

Se reciben encargos para los pocos ejemplares disponibles.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE

MIGUEL SEGUI

151, Rambla de Cataluña, 151

BARCELONA

TORRE DEL BARÓ



DE SORPRESA EN SORPRESA, por M. NAVARRETE.



Lo cual da lugar á minuciosos registros.



— ¡Canastos! Veamos la nota... ¡Justo! Esa señora lleva exactamente las prendas que buscamos... ¡A ella! ¡Prenderla!



— Aquí está la delincuente... — ¡Mi esposa!

INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio y hasta lo hermosa.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

✧ TERESA GARCIA MARTINEZ ✧

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

— ¡ Calle de Colón, núm. 8, bajo. ✧ VALENCIA ✧ —

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 * BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS ✧ EXPEDICIONES DIARIAS

JABON DE BABA DE TORO ¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!

Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—El vapor *Joaquín del Piélagos*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

AVISO IMPORTANTE.—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.^a—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.^a—Coruña: D. E. Guarda.—Vigo: D. Antonio López Neira. Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.^a—Málaga: D. Antonio Duarte.



LA MARAVILLA
IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO

Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse. No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.

Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.

PRECIO 4 PESETAS

De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías.

Encargos: Bailén, 117, 1.º Salón para peinar señoras.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromó.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS



No más Canas AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve á los Cabellos blancos y á la Barba su **COLOR PRIMITIVO**:
Rubio, Castaño, Moreno ó Negro.
Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO
RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumería LAFONT, Call, 30, BARCELONA.

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago e intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pidanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.
El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.

La hija de la nieve ó Los amores de una loca.

Sor Celeste ó Las mártires del corazón.
La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.

La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.

El calvario de la vida.

¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.
Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS

El martirio de un ángel.
Nacer para sufrir. (Historia de una herencia.)
Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

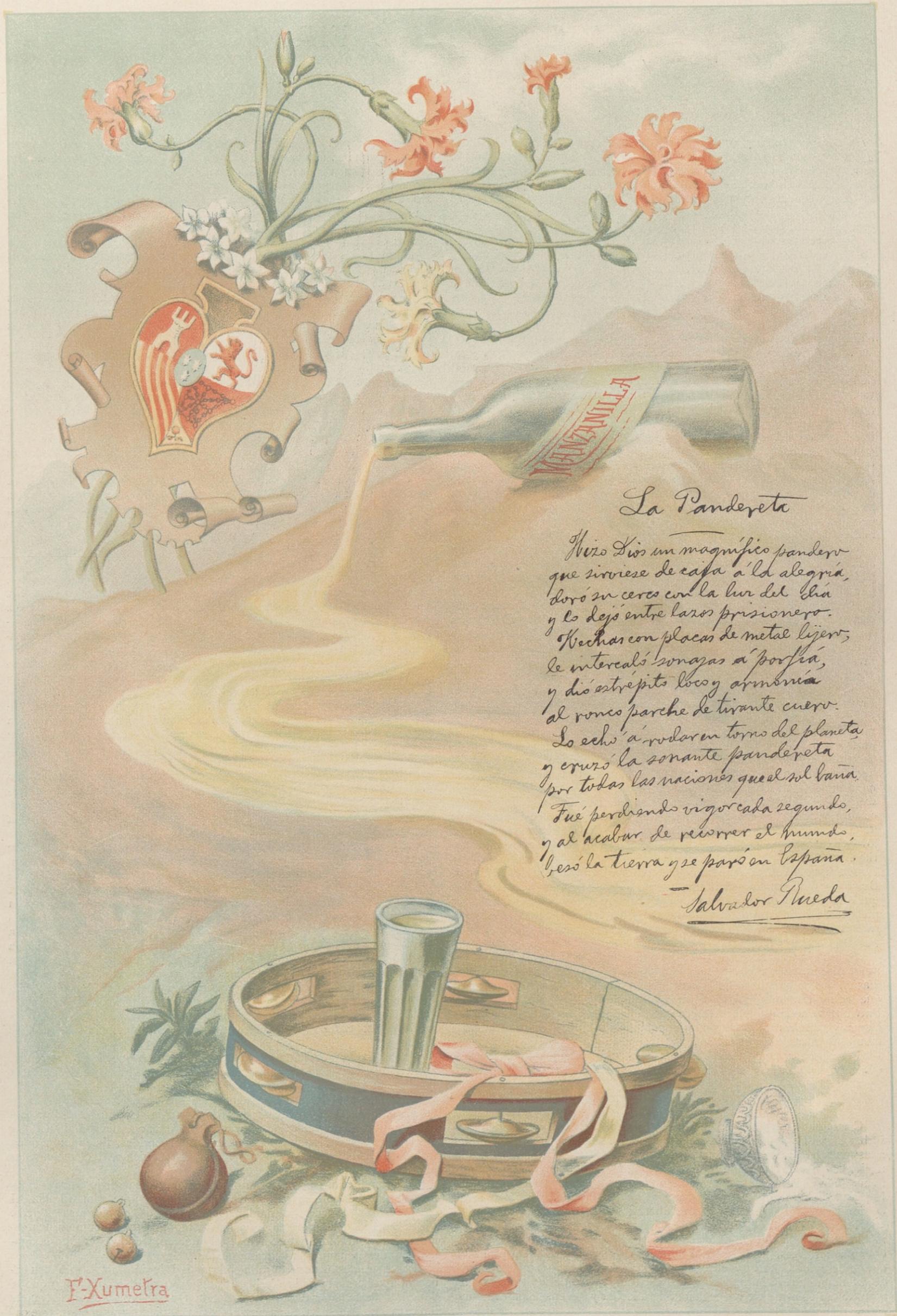
DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



La Pandereta

Hizo Dios un magnífico pandero
que sirviese de caja a la alegría,
doró su cerco con la luz del Sol
y lo dejó entre las prisiones.

Hechas con placas de metal ligero,
le intercaló sonajas a porfía,
y dio estrépito loco y armonía
al ronco parche de tirante cuero.

Lo echó a rodar en torno del planeta
y cruzó la sonante pandereta
por todas las naciones que el sol baña.

Fue perdiendo vigor cada segundo,
y al acabar de recorrer el mundo,
besó la tierra y se paró en España.

Salvador Rueda

LA CRUZ DE ZAFIROS

EPISODIO

A LOS MARQUESES DE SANTILLANA,
Condes de Corres y de Santiago.

ALLÁ por el año 7, cuando las modas francesas nos habían invadido, precediendo á su ejército, y nuestro trono, ocupado por Carlos IV, se bamboleaba en manos del Emperador; reuníase en Madrid y en casa solariega, sita en la calle del Barquillo, distinguida tertulia que empleaba su tiempo en discutir la política francesa, que como buenos españoles odiaban, y en seguir todos los movimientos del Príncipe Fernando, cuya proclamación deseaban vivamente.

Pertenecía en propiedad á don Juan de Haro, segundón de los Condes de Castel-Bravo, y la habitaba, con sus dos hijas, doña Isabel y doña Carmen, á quienes llamaremos las dos joyas de la casa; pues en verdad lo eran por su belleza física y moral, heredadas ambas de su madre doña Blanca, excelente señora que murió dejando en conventos y hospitales igual olor de santidad, que fama de hermosura en los salones de la Corte.

Tenían las dos hermanas, tipos opuestos y caracteres distintos: Carmen, blanca y rubia, con trenzas que parecían tejidas con rayos de sol, y pupilas verdes como esmeraldas; con un cutis mezcla de ámbar, nácar y rosa, que recordaba los pebeteros de oriente, la nieve de las sierras y el coral de los mares; alta y robusta, pero esbelta y erguida, como palmera majestuosa, era, por su conjunto harmónico, trasunto de las estatuas que, en el apogeo del arte griego, esculpieran los discípulos de Fidias; y no es este un símil más, que relación guardaba con estas líneas marmóreas, su carácter frío é indiferente. Doña Isabel, por el contrario, era dulce y apasionada, con la vehemencia de la primera edad, y con los idealismos del candor; delgada y pequeña,—que no baja,—poseía los encantos de las figuritas de Sajonia, con ojos azules como los sueños de imaginaciones locas, castaño el pelo, de ese tinte en que se confunden el oro y el azabache, la boca fresca y rica en perfume, poblada de dientececillos blancos, cual si fuera nido de diminutos pájaros, y el talle delgado como el de una camelia; el cutis mate, más semejante á la suave gamuza que al crujiente raso.

Rayaba don Juan en los cincuenta; pero se conservaba muy fuerte y ágil. La nevada peluca cubría los claros de la calvicie, y la recamada chupa los efectos de la demacración. Vestía siempre con suma pulcritud, y respiraba toda su persona distinción y bondad.

Como ni él ni su hermano el Conde, habían tenido hijo varón, claro está que las dos niñas eran mimadas á porfía por el padre y los tíos, á quienes habían de heredar; y que los galanes de la Villa y Corte, viendo aquellas piedras preciosas, engarzadas en tan fino oro, se disputaban sus favores, llegando su celebridad hasta merecer el dictado de las niñas de *Castel-Oro*, con que todos las conocían.

Componíase la tertulia, además de don Juan y sus dos hijas, del padre Francisco, religioso dominico, ex confesor de doña Blanca, y en la actualidad, con ejercicio sobre las conciencias del padre y las niñas; de don Cosme, amigo íntimo y compañero de don Juan, en el Seminario del Sacro-Monte, donde ambos ahorcaron los hábitos, el uno para casarse con su bella prima y el otro para vestir imágenes de *santas milagrosas*; del Conde, hermano de don Juan, y de la Condesa, su mujer, dama de honor de la Reina, é inmediata á Dios por el lema de su escudo *Después de Dios la casa de Quirós*. También concurrían con frecuencia don Carlos de Peñaranda, célebre petimetre en los cortesanos salones, y don Jaime de Ureta, señor de la villa de este nombre y guardia de Corps del Rey; además de otros jóvenes de ambos sexos, pretendientes y amigos de las mencionadas señoritas.

Era conocida la tal reunión con el nombre de «la tertulia de los Castel-Bravo», y de todos tan celebrada, que no había forastero de campanillas que á la Corte viniese, que no tuviera por muy señalada honra la de ser presentado en la casa de la calle del Barquillo, cuyas puertas sólo se cerraban á los que *olían* á afrancesados; única exigencia en que don Juan persistía.

Duraba la tertulia, en invierno hasta las ocho, y hasta las diez en verano, diseminándose tan luego como se rezaban las ánimas; excepto los días en que se bailaba *minué*; baile importado de Francia, y al que, mal que le pesara, hubo de dar entrada en su casa el segundón de Castel-Bravo; pero no sin objetar siempre que lo bailaban, las excelencias de las danzas españolas: todas las cuales superaban, en su concepto, á la ceremoniosa danza de los gabachos.

Pero la descripción de estas fiestas merece capítulo aparte; capítulo que servirá de fondo á la presente sencilla narración.

*
* *

Corría el 19 de Octubre de 1807, y por consecuencia, el día de doña Isabel Castel-Bravo, quien celebraba, á la vez que su santo, el de su cumpleaños; pues hacía en él veinticuatro Octubres, poéticos como Abriles, que naciera la hija de don Juan y doña Blanca. Dos años mayor que su hermana doña Carmen, había adelantado á sus padres todos los placeres de la paternidad, y fué siempre el ojito derecho de su madre, pasando á serlo de don Juan, luego que murió doña Blanca.

Habíase festejado el día en, la casa, con platos extraordinarios, y los regalos para doña Isabelita llenaban la consola de la sala y las alhacenas del comedor; pues, desde el plato de dulces de las religiosas Claras, hasta el ramillete del adorador y el regalo de los parientes, todo había concurrido á felicitarla; pero la modestísima doña Isabel, lejos de mostrarse orgullosa de tantos agasajos, los recibiera agradecida y los enseñaba avergonzada.

Aquella tarde, después de anochecido, empezaron á llegar los contertulios, aunque en mayor número que á diario, pues era noche de *minué*.

Las amigas, todas acicaladas con lujosas basquiñas de raso, ya liso, formando aguas, por los efectos de luz, ya rayadas de mil colores, como arco-iris, ó sembradas de flores, como el campo en el mes de Mayo, parecían ellas las festejadas. Fueron entrando por grupos. En el primero, don Jaime, luciendo su marcial uniforme, y don Carlos, con más complicado atavío: el calzón y la chupa de raso blanco bordado «de flores» en sedas de colores, finas gorgueras de Flandes, sujetas con esmalte de Francia; dos relojes, también de esmaltes con leopoldinas cargadas de dijes preciosos; zapatos de raso con hebillas de piedras finas y alto bastón con empuñadura de oro. Les seguían otros tres petimetres, no menos acabados en sus vestidos, y que eran de rigor en estos casos, por su destreza en el baile y acierto para organizar danzas; don Precisos de salón, de todos los tiempos y todas las ciudades.

La sala, una habitación cuadrilonga con tres balcones á la calle, tenía, por todo adorno, una sillería de caoba, forrada de damasco rojo, cuyas doce empinrigotadas sillas se formaban en fila junto á la pared, dejando espacio á dos mesas-consolas, de altos y estrechos espejos, sobre los cuales danzaban, en dorados relieves, figuras campestres; dos relojes de sobremesa traídos de Francia y dos lámparas de bronce, servíanle de guarnición; cubrían las paredes, además de algunas cornucopias, el retrato del difunto Conde, padre de don Juan, con el vistoso uniforme de maestrante de Ronda, y el de la Condesa, su mujer.

Ocupaban el sofá y las butacas las personas de respeto; y como no era costumbre retirar las sillas de sus puestos, colocábanse los jóvenes en ellas, escalonados de suerte que alternasen los sexos, tomando la conversación, un tono circunspecto y severo, no la animada charla propia de la juventud y que el moderno *sans façon* ha venido á autorizar en animados grupos.

Sonaron en esto los toques de oraciones, y después de haberse levantado todos, para contestar al Conde que, como persona de mayor respeto, las dijo, quedaron otra vez sentados en igual disposición que antes. A poco, entraron dos criados, con platos, servilletas y cucharillas, y una vez repartidos, trajeron, en grandes bandejas, tacillas de almíbares y jaleas —entre las que no faltaba la carne de membrillo,—que los tertulianos tomaron, sin moverse para nada de sus sitios; luego sirvieron á los caballeros copitas de rosoli, y repitieron almíbares las señoras; pasando por último agua con azucarillos, y retirándose los criados, después de haber apartado á un extremo de la sala la mesa-velador, y abierto el clavicordio.

La Condesa, levantándose del sofá, preludió un *minué*, y entonces todos los presentes formados en parejas, salieron á bailar; empezando esa serie de saludos y reverencias, tan ceremoniosos como afectados, que constituía el baile favorito de nuestros abuelos, progenitor á su vez del elegante rigodón.

En este baile que acompasadamente ejecutaban las figuras, como muñecos movidos por resortes en estantes de juguetería, tocóle á doña Isabel, don Jaime de Ureta, por pareja; y la formaban tan completa y acabada, que se destacaban de las demás, por su apostura y gallardía él, ella por su modestia y sus encantos.

Difícil y enojoso sería enterar de pe á pa al lector, de lo que entre doña Isabel y don Jaime pasó, que siempre en este caso sucede lo mismo, y son iguales aunque diferentes las frases que se cambian; lo que no debe ignorar el que viese bailar este *minué*, es que al volver á sus asientos, doña Isabel no llevaba al cuello la cruz de zafiros que antes ostentase, y don Jaime, escondía algo en el bolsillo más cercano al corazón.

Llegó con el año 8 la gran epopeya de la Independencia Española; la Nación, oprimida bajo el opresor yugo, le sacudió violenta, haciéndose otra vez señora de sí misma, y midiendo la pujanza de sus maltratados leones, con el águila victoriosa del Imperio. Zaragoza, Cádiz, Gerona, escribieron sus nombres, con caracteres de oro, en los anales de la Historia, y Madrid heroico, hizo el 2 de Mayo.

En la calle del Prado, junto al palacio de Medinaceli, que habían tomado por baluarte, cayó envuelto en rojo sudario un capitán de guardias de Corps.

La lucha fué denodada y sangrienta; la escena que siguió horrenda. Desangrando, hasta empapar el lucido uniforme, don Jaime de Ureta, yacía en el suelo; á su alrededor, varios soldados le prestaban los primeros socorros, y el teniente Hurtado le sostenía en sus brazos. Parecía el herido exánime, que tal era la fuerza de la hemorragia, cuando de pronto, haciendo un supremo esfuerzo, se arrancó una cruz que llevaba al cuello, y después de besarla, la empapó en sangre de sus heridas, diciendo: «á doña Isabel de Castel-Bravo, y que no olvide nunca á quien se la devuelve á las puertas de la muerte».

La cruz de zafiros, de azul límpido, que era, se convirtió en rojo amoratado; pareciéndose en esto á las aguas del mar que toman la luz del cielo, ó á esos tulipanes que mudan de color con los cambios atmosféricos.

Levantado don Jaime en gravísimo estado, fué conducido en una camilla al hospital inmediato; mientras el teniente, viéndole casi en la agonia, marchó á cumplir su delicada misión.

Los cuarenta días que duró la enfermedad de don Jaime, veló á su cabecera una hermana de la Caridad, en el hospital desconocida, y que la Superiora decía haber pedido, para que la ayudase en tan apurado trance. Sobre la blanca pureza, lucía una crucecita de piedras raras que nadie co-

no; eran los zafros manchados con la sangre de Ureta. Esta hermana se llamaba doña Isabel de Castel-Bravo. También asistía al capitán, don Juan, su amigo que sin cesar exclamaba: «¡Es un héroe; ¡bravo por los Ureta, y que vengan los gabachos!»

Larga fué la convalecencia; pero, cuando se proclamó la Constitución, ya habían tenido lugar en la capilla de los Castel-Bravo las bodas de doña Isabel y don Jaime, bodas celebradas como en tiempos pasados, con uno de aquellos *minués* tan célebres en la Corte, y que ahora sólo se bailan en

son carnavalesco, cuando los cascabeles del dios del escándalo, hacen pensar á las damas en alguna novedad ó antigüedad de indumentaria.

Cuando el hijo de don Jaime de Ureta y doña Isabel Castel-Bravo, Conde de este título, pasaba luego en carretela por el Monumento del 2 de Mayo, no podía menos de recordar que, por un milagro de la Providencia, no se había enterrado bajo aquellas simbólicas losas, con el cuerpo de su padre, su vida mortal.

EL MARQUÉS DE PREMIOREAL

CESAR ALVAREZ DUMONT



LA VENGANZA DE LA LOLA

MI RETRATO

CARTA ABIERTA Á D. MANUEL ESCALANTE Y GÓMEZ.

ME pide usted, con amabilidad suma, que á mí me honra, mi fotografía, para la acreditada revista ALBUM SALÓN, que con tanto éxito como unánime beneplácito, se publica en Barcelona.

De momento no puedo complacer su galante demanda, porque no tengo ninguna cartulina, buena ó mala, que recuerde mi escuálida figura; y como á usted le apremia el encargo que me hace, yo, que siempre procuro complacerle, no quiero por más tiempo dejar de satisfacer su bondadoso ruego.

¿Le sirve á usted un retrato hecho con cuartillas, pluma y tinta, por el mismo interesado?

Está hoy tan de moda y tan en auge la fotografía, que ya podemos decir que casi cayeron en desuso esos magníficos retratos que en otro tiempo daban crédito á este negocio.

Hoy, cualquier mortal es fotógrafo; compre su máquina y sólo con la condición de que haga buen día y que los rayos del sol coadyuven á la instantánea, no sólo quedan conservadas personas, sino edificios, detalles y hasta meros incidentes.

Por lo cual, puedo también incurrir en este modernismo y hacerme á mí propio un retrato; suplicándole tan sólo, pues conoce al original, retoque las líneas defectuosas que, por incorrección en la forma, puedan afeár el conjunto.

La delgadez, los nervios y los huesos son los componentes de la figura; la nariz afilada, el descuido de la barba y el tinte pálido del rostro, denotan apocamiento y cansancio físico.

Las batallas de la vida y la lucha con un ideal que nunca se alcanza, dejan en torno del espíritu cierta atmósfera de tristeza que no borra ni el incesante y rudo cambio de los distintos asuntos que un día y otro día se alternan.

Audiencia hoy, la política mañana, el periodismo siempre, la recomendación continua, con el intervalo de la carta, la visita, el folleto ó el libro, hacen bueno el castizo refrán de: *El que mucho abarca poco aprieta.*

Para mí ha habido siempre tres cosas en la vida que me han costado muchísimo trabajo: sacarme una muela, cortarme el pelo y hacerme un retrato. Y no se crea que esto significa falta de valentía ó falta de higiene ó alarde pueril de demostrar hipócritamente que me da rubor que se perpetúe mi imagen: no, es el efecto nervioso, la tensión que se apodera del ánimo cuando sentado en el sillón del dentista, se espera el terrible momento en que el gatillo haga desaparecer el hueso enfermo; es la charla inoportuna del barbero que desmenuza unos y otros asuntos, retardando el afeitado de la barba ó el corte del pelo; es el tiempo que se pierde en casa del fotógrafo, buscando buena posición, enfocando la cámara obscura, combinando los detalles de sonrisa del semblante y de *posición académica* del retratado.

Por eso, ahí va ese *cliché*: si lo encuentra pasable, envíelo á Barcelona; sino, rásguelo é inútilcelo, que esto segundo, más que lo primero, le agradecerá su affmo. S. S.

q. b. s. m.

RAFAEL DE LA VIESCA

P. M. BERTRÁN



MELANCOLIA I



UNA EMBOSCADA EN LA MANIGUA

LA VIRGEN DE LOS CLAVELES

I

DESPUÉS de haber pasado veinte días en casa, prisionero del reuma, leyendo *La Alpujarra*, del malogrado Alarcón, y la hermosa novela *Peñas arriba*, de José María de Pereda, á fin de hacer más alegres y llevaderas las horas de mi esclavitud; fuí en busca de sol, de embalsamadoras brisas y de bellos y dilatados horizontes, á una de las poblaciones más importantes de la deliciosa costa de levante.

Su cielo azul; *el mar de la calma*, como le llamaron los romanos, adormeciéndose en sus playas; sus llanuras convertidas en bosques de azahares; sus colinas alfombradas de viñedos, que extienden sus dorados pompones entre las ruinas de torres y castillejos; sus casas blancas como la nieve, limpias como una tacita de plata, higiénicas y bellas, con rejas y su correspondiente jardín; la amable solicitud de sus moradores; imprimieron pronto, muy pronto, nueva vida en mi organismo; y fuerte, ágil, animoso, corría por la playa, subía á las vecinas montañas, despreciaba los rayos del sol y no temía el fresco de la noche.

De aquella deliciosa excursión conservo un *artístico* recuerdo, si se me permite la frase.

Estábamos en plena fiesta mayor, y aquella rica y pacífica villa parecía haberse convertido en otra. Mil luces de gas, formando caprichosos dibujos, iluminaban la concurrida Rambla, y la electricidad, su delicioso paseo; todas las calles rivalizaban en elegantes adornos; en ellas se habían improvisado capillas, y los balcones ostentaban colgaduras; los portales de las sociedades de recreo se habían transformado en jardines: por doquier se oían coros y orquestas; los cafés se tomaban por asalto; un gentío inmenso recorría las principales vías; y bellas mujeres de perfil griego, como todas las hijas de la costa de levante, esbeltas, engalanadas hasta la perfección, se dirigían á los saraos, cuyos salones presentaban un bello y deslumbrador aspecto.

Al salir de uno de esos bailes, dirigí mis pasos á la parte alta de la población.

Caminando á la ventura, dí con una plazuela desierta, y con casas de humilde apariencia. Aquella plaza terminaba con una reja de hierro, entre dos altas tapias, asomando tras de éstas negros cipreses con la punta vuelta al cielo; pardos muros con dobles rejas; desiguales tejados de salientes aleros; una capilla en el último término, y sobre su portal un nicho colocado entre espesas celosías; una torre negra, pesada, falta de gracia y esbeltez, que se perdía en la sombra, que infundía miedo y parecía un negro fantasma custodiando el lúgubre recinto.

De pronto, aquel campanario pareció animarse, adquirir nueva forma, trocar su aspecto lúgubre en risueño, dirigir la voz á todo cuanto le rodeaba, hablar, llamar con alegres y vibrantes acentos á los vecinos, como agradeciendo el primer beso de luz que le mandaba la mañana.

El gigante había soltado la lengua, digo la campana, y llamaba á los fieles á misa primera.

El sacristán abrió la verja, después la puerta del templo, y entré en él.

Había principiado la misa. Un sacerdote oficiaba en el altar mayor, y las monjas, pues aquella casa era un convento de madres carmelitas, rezaban con voz gangosa, arrodilladas en el coro.

Aquella humilde iglesia, escasa de luz, con altares churriguerescos, compuesta de una sola nave, con humildes adornos, con altas y espesas celosías, con ancha reja á un lado del presbiterio, reunía, en aquella hora indecisa del crepúsculo matutino, cierto encanto, cierta belleza, cierta poesía que cautivaban el espíritu.

La iglesia iba llenándose de fieles, y tomé asiento en una de las capillas. Fijé maquinalmente la vista en un cuadro que había en ella, y le contemplé con el amor de un artista.

Era una pintura preciosa. Una obra que recordaba la bella, risueña é incomparable escuela sevillana. Una virgen, bañada en luz celestial, de actitud tan tierna como modesta, rodeada de ángeles, colocada sobre un trono de nubes y pintada con tal cariño, con tal perfección, con tal riqueza de colorido, que Murillo no la hubiera desdeñado, y Juan de Juanes se hubiera hincado de rodillas ante ella.

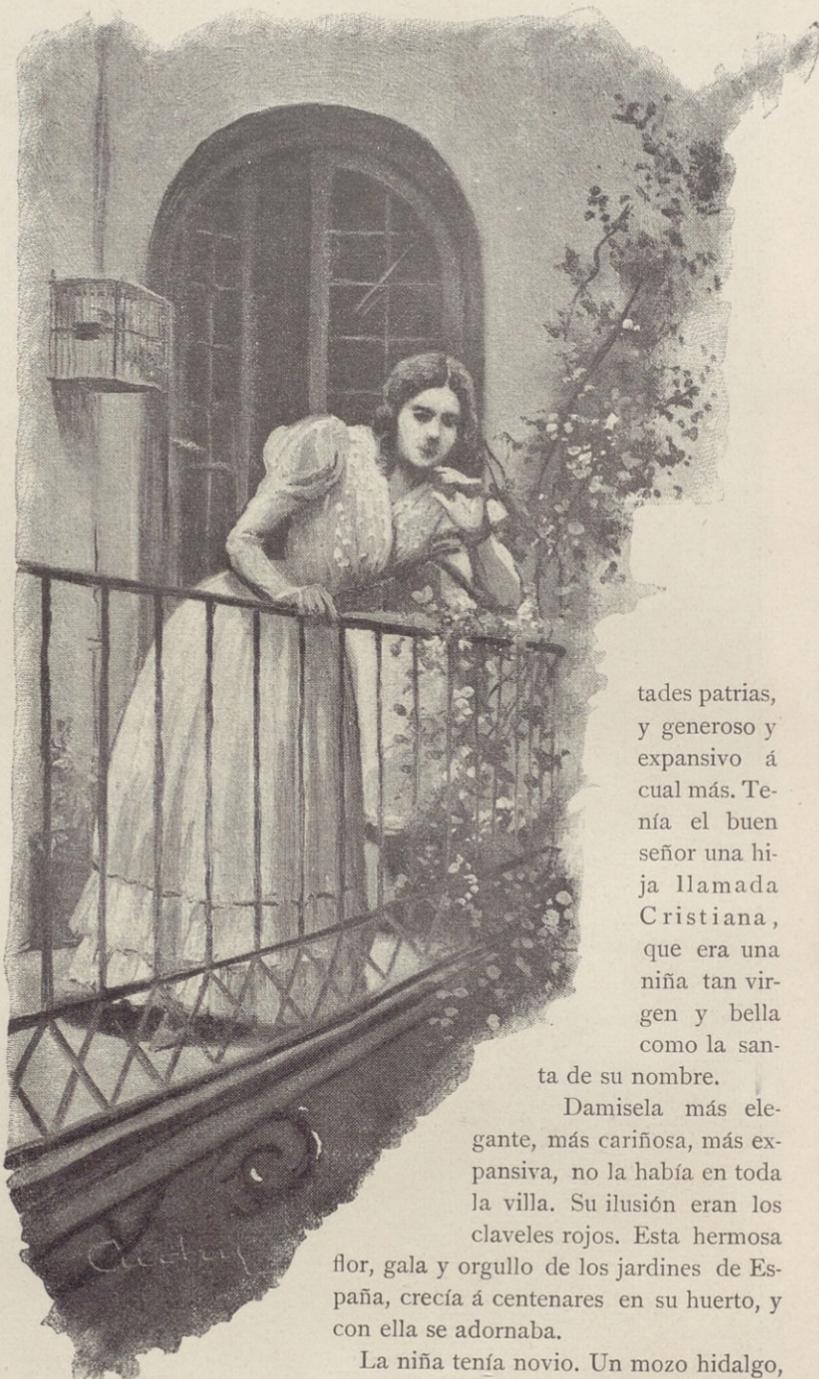
Terminada la misa, pregunté al santero de las monjas:

—¿Qué virgen, representa este lienzo?

—La de los claveles,—me contestó.—Este es el nombre que le dan en la vecindad.—Y añadió, bajando la voz,—he aquí su historia:

II

En la calle del Mar se levanta el antiguo caserón del Barón de Rocablanca, señor de buen pelaje, persona influyente, amantísimo de las liber-



tades patrias, y generoso y expansivo á cual más. Tenía el buen señor una hija llamada Cristiana, que era una niña tan virgen y bella como la san-

ta de su nombre.

Damisela más elegante, más cariñosa, más expansiva, no la había en toda la villa. Su ilusión eran los claveles rojos. Esta hermosa flor, gala y orgullo de los jardines de España, crecía á centenares en su huerto, y con ella se adornaba.

La niña tenía novio. Un mozo hidalgo, muy rico, muy dado á los libros y gran amor del rey y de su patria, como todos los hidalgos españoles, en aquella época.

Estaba ya concertada la boda entre Cristiana y Pablo, así se llamaba el mozo, cuando Napoleón quiso apoderarse de España; primero, por medio de la traición; después, por las armas.

El grito de guerra lanzado contra el invasor, impidió que los dos amantes llamasen á las puertas de la vicaría.

—Hay que esperar,—decía el Barón;— esa jarana pronto terminará. Así lo creían todos los españoles.

Mas ¡ay! un día, á primeras horas de la mañana, llegaron los franceses á esta villa, en son de guerra. Las campanas dieron el toque de somatén; aquel toque, conocido desde tiempo inmemorial en nuestra tierra; toque repentino, grito de guerra, voz de alarma que enardece la sangre, que pone el arma al brazo, que impulsa á vencer ó morir y llena de terror y espanto al enemigo.

Todo el mundo se echó á la calle. Hombres, mujeres, niños, religiosos de todas las órdenes, empuñaron el arma, cortando el paso al invasor, impidiendo que se hiciera dueño de la villa, que saqueara sus moradas, que violase á sus bellas hijas, que robase las alhajas guardadas en sus templos, que destruyera sus talleres, que quemase sus archivos y profanase las tumbas de sus padres.

Uno de los primeros que corrió á la lucha fué Pablo, seguido de un puñado de valientes.

Al llegar á la calle del Mar, vió á Cristiana, asomada al balcón de su casa, mirando de un lado á otro, con febril impaciencia.

Al distinguir á su novio, gritó ésta, con sobresalto:

—¡Pablo! ¡Pablo mío!... ¿A dónde vas?

—A defender nuestros hogares... ¡Retrate, amor mío, del balcón!...
 —¡Guarda tu vida, que es la mía!...
 —Reza por mí y por la patria, y será nuestra la victoria. Adiós ¡Retrate por piedad!...
 —Ad...

Cristiana no pudo terminar la frase; una bala, venida del campo enemigo, penetró en su sien, dejándola cadáver.

Pablo, quedó como alocado. Entró precipitadamente en la casa, llamó á la familia, á los criados, llenó de besos el ensangrentado rostro de su novia, cogió de nuevo el arma y peleó con febril arrojo hasta caer acribillado de heridas.

Algunos meses después, el desgraciado mozo, pareciendo un cadáver que hubiese abandonado el ataúd, vino, del brazo de su padre á oír misa en esta iglesia. Se arrodilló con mucha fatiga, y al incorporarse, lanzó un grito de sorpresa y admiración.

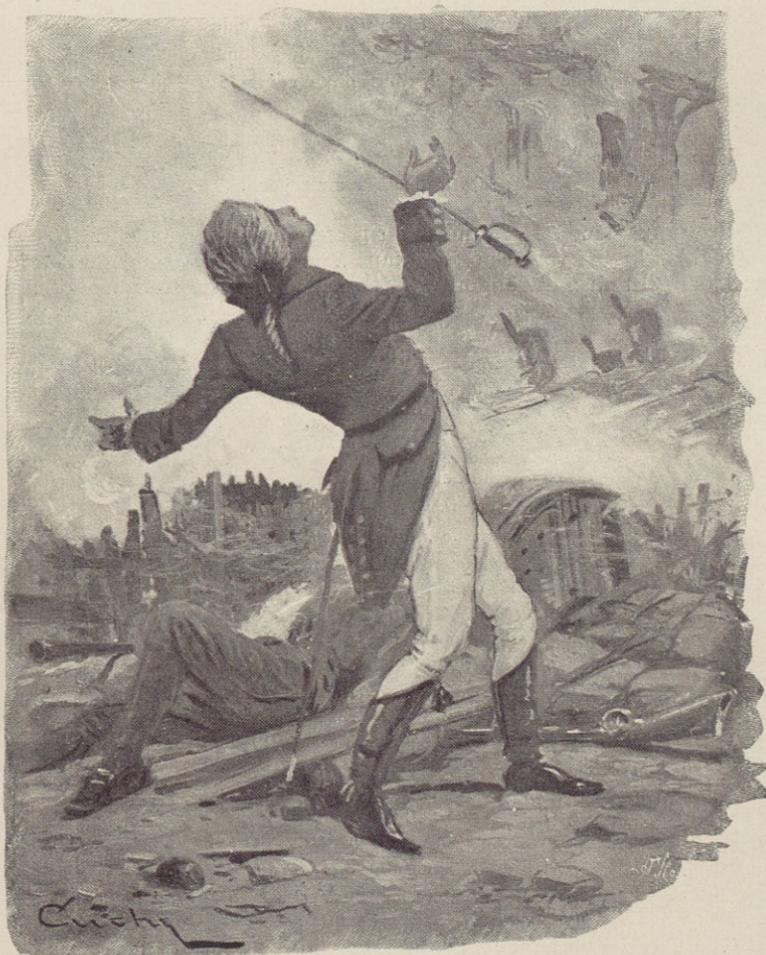
En el rostro de esa virgen, vió el rostro de su prometida, y rezó ante ella y se sintió feliz.

Desde aquella mañana, la visitó diariamente, adornando con claveles rojos este modesto altar.

Toda su vida se concentró en esta imagen. Primero hubiera faltado pan á su boca que flores á esta celestial beldad.

No se ha conocido culto igual. Aquel joven franco, animoso, no tenía otra ilusión ni otro afán que esta capilla. ¡Qué le importaban los males de la patria!... Todo el mundo se había reducido para él á esta divina obra de arte, y apenas se apartaba de ella.

Le creó una capellanía, le compró esta lámpara de plata, dejó una renta para que nunca faltasen flores á la Señora, y pidió que le enterraran en este sitio.



Su deseo fué cumplido. Y aquí, bajo esta losa, duerme su último sueño aquel generoso pecho que tanto amó, y continúa tal vez amando, á aquella noble mártir de nuestra independencia.

El santero calló; yo estaba satisfecho. Había contemplado una inspirada obra, y recogido una página de amor.

III

Salí del templo. El sol inundaba de luz y de alegría el cielo, el campo, el mar y la ciudad; el aire de la mañana acariciaba los tiestos de los balcones y jugaba con sus blancas cortinas; se habían abierto los portales de las casas; y los graves gigantones y cabezudos, las danzas del país y las músicas, recorriendo las calles, pregonaban que seguía en todo su apogeo la típica, solemne y bulliciosa fiesta mayor.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

RIMA

De pie, meditabundo,
 en la arenosa playa,
 y recorriendo con mirada inquieta
 del mar la superficie solitaria,
 fijábame en las olas
 que el viento hincha y levanta,
 y que, al llegar corriendo hasta la orilla,
 con sonoro chasquido al fin estallan.

Dos hay que ansiosas luchan,
 que una sobre otra avanzan;...
 y cuando ya la vista las confunde,
 recio un golpe de viento las separa.
 Por mucho que se esfuercen y porfíen,
 no se unirán entrambas,
 hasta que, ya deshechas,
 se junten sus espumas en la playa.

En esa lucha estéril
 la nuestra se retrata,
 porque es para nosotros, vida mía,
 punto de unión el fin de la jornada.

AURELIANO J. PEREIRA

¡FRASES!

QUIÉN las dice? ¿Los sabios ó el pueblo? Esta es la cuestión. Yo no indagó causas. No es el momento oportuno; pero conste que, en general, el pueblo es quien las dice. Los demás sufren los efectos de una educación intelectual defectuosa; de una tortura sin resultado. Más que hombres, parecen máquinas.

Y no es la ciencia. La ciencia no es más que el sentido común. Analícese como se quiera, siempre resulta lo mismo. Es lo hinchado, lo campanudo; eso, eso es lo que hace estéril el trabajo; lo que mata la espontaneidad, si es que no ahoga el entendimiento.

A mi me encanta el lenguaje del pueblo; tiene la áspera rudeza de la verdad.

Un sabio—que me perdonen todos—es una enfermedad contagiosa. Está malo él y pone malo á los demás. Razón tenía Cervantes; con ellos la tranquilidad es ilusoria.

Los grandes pensamientos, aunque parezca imposible, esos han nacido de los indoctos; más aún, quizás de las últimas capas sociales. Dios ha querido confundir así la soberbia humana.

Vaya usted á ver:

Sólo sé, que no sé.

Pues esto son los barrios bajos de Grecia. Pero ni más ni menos. Breve, sencillo, profundo y sobre todo verdad. Así habla la gente del pueblo, lo mismo la de Atenas que la de Madrid; lo mismo la de hoy que la de hace dos mil años.

Los únicos que nunca se les puede entender son los sabios y filósofos de todos los tiempos y países.

Otro día, pongo por caso, y esto ya es científico, se reúnen unos cuantos, y pregunta uno de ellos:

¿Qué es la punta de una aguja?

Nada; silencio.
 Pero después sale otro y dice, por todo lo alto:

El punto, no tiene extensión.

Claro; que ha de tener, si hijo y madre todo es uno y ninguno. Luego, en otra ocasión, el hijo de un carpintero, siente, como todos, que le hablan por dentro, ve, se admira de los demás y exclama:

¡Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen!

Los doctos protestan, y el mártir va á la cruz.
 Ahora recuerdo, formas sabias; esto ya no es el pueblo.

Conócete... á ti mismo.

Hombre; al decir «Conócete» ¿A quién será?
 Del mismo modo que

Sólo sé, que no sé... nada.

A ti mismo y nada, son excesos universitarios.



SANGRE TORERA

Otra:

Pienso, luego existo.

¿Es posible esto? ¿Vale todo eso junto más que decir simplemente «Soy» como dice cualquiera? ¿Se puede comparar con el último refrán?

Las tres cuartas partes del humano saber no valen lo que dice el pueblo en lenguaje liso y llano. Como suena.

Pues y de los escritores y aun de los grandes escritores ¿Cuántas cosas no pudieran decirse?

Asusta ver, en algunos, como se desvía el buen sentido, so pretexto de dar forma bella.

¡Y qué formal!

Transposiciones que rompen la hilación y comparaciones ajenas al que habla. Todo rebuscado.

Pero, eso sí; en cuanto hay un pensamiento hermoso, su origen, el pueblo.

Pongo por caso, ó mejor, pinto el caso.

Un día, está un hombre en una esquina, requiebra á una mujer, ésta se crece y dice el chulo, burda pero gráficamente:

Yo soy como Dió; tó ó ná.

Pero da la casualidad que al mismo tiempo pasa un hombre superior, de los de verdad, y se le pega aquello.

Luego, hablando un normando, Haroldo, le dice á otra mujer, con referencia al Ser Supremo:

Porque es uno ya me agrada,
pues que sin duda pensó
lo mismo que pienso yo:
ó ser todo ó no ser nada.

Está claro; muy hermoso, muy genial, sí; señor; pero no más espontáneo que el otro. Ni más breve tampoco.

Ahora recuerdo un pensamiento bonito, puesto en boca de Lord Byron:

¡El genio! ¡La locura! ¿Quién decide
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra.

Una vez, oí esto:

De sabi á loco hay mu repoco.

Creo que viene á ser lo mismo, sin crepúsculo ni geometría.

Hablando en verso, no se rompe esa naturalidad, cuando el arte es verdadero. El mismo Góngora lo demostró en uno de sus romances:

. . . pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser.

Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie matarán penas.

Esto es un hombre de carne y hueso, oliendo á mar. Un galeote.
Todo; pero la frase

A nadie matarán penas,

eso es Andalucía legítima. Las playas de Marbella.

Lo que no es del pueblo ó su manera, se conoce á la legua; es forzado, como estos versos de Garcilaso:

. . . No trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
trocara mi ventura:
salid mi duelo, lágrimas corriendo.

Que parecen parientes muy próximos de

. . . me río, ¡cuál me río!
saldrán, á pesar mío;
lágrimas, salid pues, salid corriendo.

de uno de nuestros célebres dramas.

Y tan naturales los unos como los otros, con cerca de tres siglos y medio de diferencia.

O bien pensamientos *clarísimos*, como este de Balbuena:

Y el ciego aliento que sus patios corre
La más templada boca multiplica.

No hablemos ya del Quijote. Su principal encanto, para mí, al menos, es Sancho; el pueblo.

Si fuera posible levantar á los tres grandes dramáticos, inglés, español y francés, de fijo confesarían que todas sus frases fueron cogidas en White-Chappel y en Madrid ó en el Marais.

¡Sabios y clásicos de mi alma! ¡Que Dios sea con vosotros!

F. CORREA



UN ENREDO PELIGROSO

EL ANÓNIMO

Con tinta roja iba escrita la carta; pero más color de sangre tenía su contenido.

Luis la leyó dos ó tres veces, apoyó los codos sobre la mesa y, sosteniendo la cabeza entre sus manos, quedóse pensativo.

Así solemos pensar todos, cuando no nos da por meternos las manos en los bolsillos, midiendo la habitación á grandes pasos, ó por mirar al techo, silbando algún aire del *género chico*.

Existen muchos modos de pensar.

De aquí, que unos piensen bien, otros, medianamente, y los más de un modo desastroso.

Luis pensaba bien.

Lo que tenía ante sus ojos, lo que tanto le atormentaba, era una de esas infamias que no *tienen nombre*.

Un anónimo.

¡Pobre Luis! Allí se le amenazaba de un modo cruel, allí se le decía que le acechaba un enemigo, quizá un rival, envidioso de su suerte; porque debo advertir á ustedes que Luis había conseguido enamorar á la más linda joven de la comarca; y si á la belleza de ésta se añade un crecido capital, hallaremos justificados los temores de su amante.

«Vive prevenido, porque han jurado asesinarte en una de tus visitas nocturnas á *Villa-Rosa*.»

Este era uno de los párrafos del anónimo, y *Villa-Rosa* la magnífica torre donde Luis tenía el ídolo de sus amores.

En aquella linda casita, casi oculta por la fronda de corpulentos árboles, donde el aire que se respira va impregnado de las más puras esencias de flores, donde todo es dicha y apacible calma, donde nadie murmura, como no sea la cristalina corriente del manso arroyuelo, donde las aves cantan, dando rienda suelta á su alegría, sin temer el acecho de insensible cazador; en aquel paraíso, preparado sin duda como nido de purísimos amores, había de desarrollarse una escena sangrienta.

Así lo decía el anónimo y así lo temía Luis.

Diferentes veces había mostrado serios temores su anciana madre, y una madre difícilmente se equivoca.

La distancia de la población á *Villa-Rosa* era larga, y atravesarla de madrugada ó muy adelantada la noche, resultaba arriesgado; más aún, para hacerlo de continuo y casi á la misma hora, aunque fuera á caballo, como lo hacía Luis.

Claro. ¿Quién está libre de un peligroso encuentro?

No era cobarde Luis; pero pensaba bien, y á su imaginación acudían ideas fatales.

Se veía envuelto por unos miserables y asesinado al fin traidoramente... Veía á Rosa, á su Rosa, pálida y descajada, semeando la imagen de la desesperación y del dolor... veía Luis á su madre, presa de horrible angustia, pidiéndole cuenta estrecha de su proceder.

En sus oídos sonaban las siguientes palabras de la santa mujer que le llevó en su seno:

— Ya te lo dije y no me hiciste caso; sin reparar en mis lágrimas, salías una y otra noche, dejándome sola con mis tristes pensamientos... ¿Qué será de mí ahora, en la vejez, faltándome el apoyo de aquel hijo á quien tanto amaba; mi solo bien, mi única esperanza?

Esto y más oía Luis de labios de su madre; mezclándose con ideas extrañas y siniestras que asaltaban su imaginación.

De repente, se irguió, como el que al fin se decide á una cosa:

— ¡Sí, Rosa de mi alma; sí, madre mía! — dijo con firme acento. — Esta será la última noche que abandone mi hogar; y si hoy lo hago, es para probar á esos cobardes que no me intimidan sus necias amenazas.

Eran las nueve de la noche.

Luis había terminado de vestirse y daba órdenes á su criado para que le ensillara el caballo.

— ¿Vas á salir hijo mío? — le preguntó su madre, tristemente.

— Sí, madre mía, es preciso;... pero será la última noche, te lo juro.

— ¡De veras! — exclamó la anciana, con alegría.

— Mañana hablarás á los padres de Rosa, y pedirás su mano para tu hijo... Terminaron de una vez las calaveradas.

Y abrazando á su madre con más efusión que nunca, imprimiendo en su frente un beso fuerte y prolongado, como el beso del que se despiden para siempre, abandonó Luis aquella estancia.

Sin duda pensaba en la fatalidad de un encuentro infortunado, de un suceso que echara por tierra, en un momento, los bellos planes que se había forjado para el porvenir.

Nada de esto ocurrió.

Luis encontró á su amada radiante de hermosura como siempre y como siempre amante y cariñosa.

La más completa tranquilidad reinó en aquellos poéticos alrededores, y Luis tornó á su casa satisfecho cual nunca, y decidido de una vez á terminar tan violenta situación.

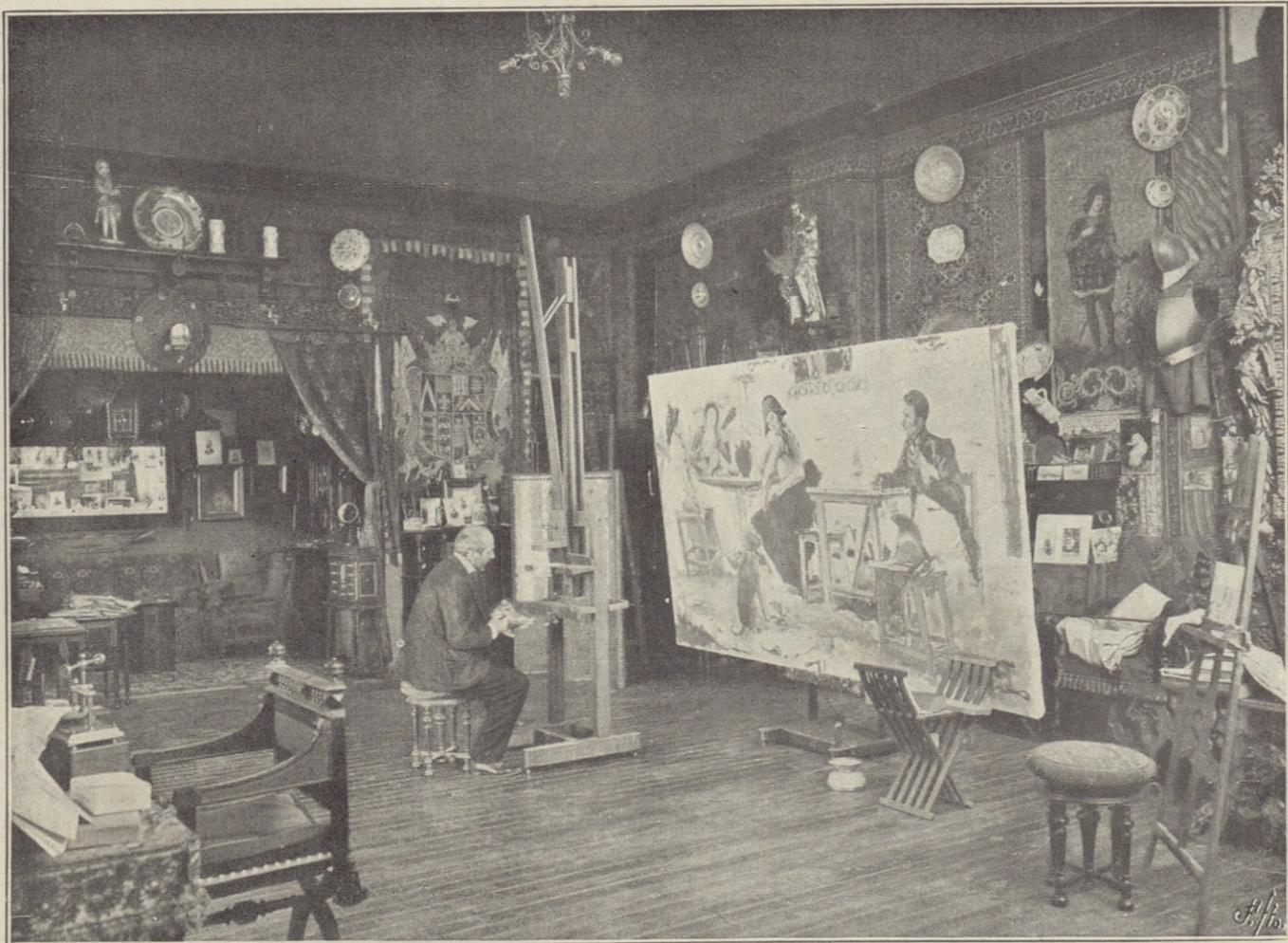
Las madres lo arreglan todo pronto y bien, cuando se trata de la felicidad de un hijo; así, no hay que extrañar que la de Luis lo hiciera tan á pedir de boca, que, á los pocos días de ocurrir estas escenas, ya era Rosa la amante compañera de Luis.

La felicidad se cernía sobre sus cabezas; sin embargo, de vez en cuando, se nublaba la frente del esposo, turbando su dicha una idea siniestra.

No había olvidado al enemigo oculto que pudiera privarle en un instante de aquella felicidad.

Su madre, con esa doble vista que solo ellas poseen, comprendió el pesar que afligía á Luis; y dirigiéndose á él, con benévola sonrisa, exclamó: — Conozco el pesar que te aflige; he conseguido asegurar tu dicha, y puedes ya saberlo todo... ¡El autor del anónimo... fui yo!

JOAQUÍN ARQUES



EL PINTOR Y LITERATO SAINT-AUBÍN, EN SU TALLER DE MADRID.

LA HERENCIA DEL TIO

Todo es tuyo, — decía Enrique á Magdalena, mientras recorrían las magníficas habitaciones del palacio, soberbiamente decoradas. — Todo es tuyo. Ha llegado el momento en que puedo decirte: Ahí tienes la encarnación de tu ideal; una morada regia, lujosos trenes, briosos caballos, espléndidos parques, llenos de flores, derroches de la opulencia y re-



finamiento del gusto. ¡Ah! Mi pobre tío Alberto era hombre que lo entendía. ¡Pobre tío Alberto! Pero en fin, bienvenida sea su fortuna, que pasa á mis manos y me permite ofrecerte los goces con que tanto soñabas. — Y Enrique cogió la mano de Magdalena, que se estremecía, con temblor nervioso.

—¿Qué tienes, vida mía?—preguntó alarmado Enrique.—Tu mano tiembla y tu rostro está densamente pálido. ¿Qué tienes?

—Nada, Enrique;—contestó la joven, con voz melodiosa.—Es que á veces la felicidad oprime el corazón y hace vibrar los nervios.—Y levantando la cabeza, miró fijamente á Enrique, cuya mano estrechó febril entre las suyas.

Luego, arrastrándole, con mimosa suavidad, hacia el mirador, desde el cual se abarcaba el inmenso horizonte, coronado de luz:—¿Verdad que nos amaremos mucho?—le preguntó por lo bajo.

—¡Oh sí! ¡Mucho!—respondió Enrique, palpitante de entusiasmo, bajo la influencia de los ojos de Magdalena.

—¿Y que satisfaras sin vacilar todos mis caprichos?—insistió la joven.

—Sí, todos;—repuso Enrique, con acento de convicción profunda.

—¿Y que visitaremos las capitales y los pueblos más notables de Europa?—siguió interrogando Magdalena.

—Sí, alma de mi alma;—contestó Enrique, con la obediencia del sonámbulo ante el hipnotizador.—Haré cuanto quieras. Mi voluntad es tuya. Tú eres el ama. Ordena.

Magdalena volvió á sonreír, con arrobadora dulzura, y mientras su amante la contemplaba, ebrio de placer, ella quedó abstraída, perdidos los ojos en el verde oscuro de los bosques lejanos.

La escena que voy á reproducir tiene lugar seis años después, entre los mismos personajes y en la misma habitación de Enrique.

ENRIQUE. ¿Con que decididamente me abandonas para irte con el Conde?

MAGDALENA. Sí.

ENRIQUE. ¿Has meditado bien tu resolución?

MAGDALENA. Sí.

ENRIQUE. ¿Sabes que si tú me faltas, yo desprecio la vida?

MAGDALENA. Eso dices ahora. Ya te acostumbrarás á mi ausencia y pensarás de otro modo.

ENRIQUE. Te consta que eso no puede ser.

MAGDALENA. El tiempo, para las enfermedades de amor, es un médico que siempre cura.

ENRIQUE. No te burlas y contéstame á esta pregunta: ¿Recuerdas dónde te conocí?

MAGDALENA. (haciendo un gesto de disgusto) ¿Para que quieres que lo recuerde?

ENRIQUE. Fué un encuentro terrible... ¡Maldito encuentro! Te conocí en la calle... una noche funesta... Aquella noche Satanás debía guiar mis

pasos y te arrojé en mi camino. Al mirarte, sentí en las entrañas y en la mente dos cosas distintas. En las entrañas frío, en la mente fuego. El presentimiento de tu desgracia y la impresión de tu juventud y tu hermosura, me hirieron en el corazón, como la punta de un florete. Estabas pervertida, Soñé con tu redención, y para conseguir mi objeto me impuse toda clase de sacrificios.

MAGDALENA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Te saqué del abismo; te dignifiqué. Por vivir á tu lado, hasta cometí la vileza de separarme de mi madre, que me adoraba, y no tenía más hijo que yo. Mermando su pequeño capital y explotándola villanamente, te sostuve con lujo, durante cuatro años; satisfaciendo tus innumerables caprichos y tus infinitas extravagancias. ¡Desdichado de mí! Comprendía que tu redención era imposible; pero te amaba locamente, y la pasión me convertía en idiota. Sobrevino la muerte de mi tío Alberto, y heredé su inmensa fortuna. Ya sabes lo que ha sido de ella. Seis años han bastado para pulverizarla. Gastos superiores á la renta del capital, viajes incesantes por Europa y América, apuestas enormes en las carreras de caballos, cantidades pedidas á réditos usurarios, sin mi consentimiento; todo un delirio de derroche, al que yo, por debilidad y por amor, no me atreví nunca á poner freno, me han conducido á este estado. ¡Ya no tengo nada mío! Las fincas están hipotecadas. Dentro de poco, los acreedores se arrojarán sobre ellas, como los tigres sobre su presa. Y después de consumada la hecatombe, tú, miserable, única causa de mi ruina; tú, á quien he sacado de la infamia, por quien he desamparado á mi madre, ¿te atreves á decirme que me abandonas por irte con otro?

(Enrique, furioso, se dirige á Magdalena con ademán amenazador. Ella, aterrada, da un grito y cae de rodillas. Enrique se detiene.)

ENRIQUE. (señalando á la puerta.) Sal, Magdalena, porque siento dentro de mí revolverse la bestia humana... y ¡no quiero! ¡no quiero matarte!

(Magdalena se levanta y sale, sin atreverse á mirar á Enrique. Este se desploma sobre una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.)

Han transcurrido quince días.

Es una hermosa tarde.

Magdalena pasea por los jardines del Retiro, cogida del brazo de un caballero, con el que sostiene animada conversación.

A distancia les sigue un lacayo de lujosa librea.

De pronto la pareja se detiene asustada.

Muy inmediato á ellos, y detrás de las frondas que se extienden á su derecha, ha sonado una detonación.

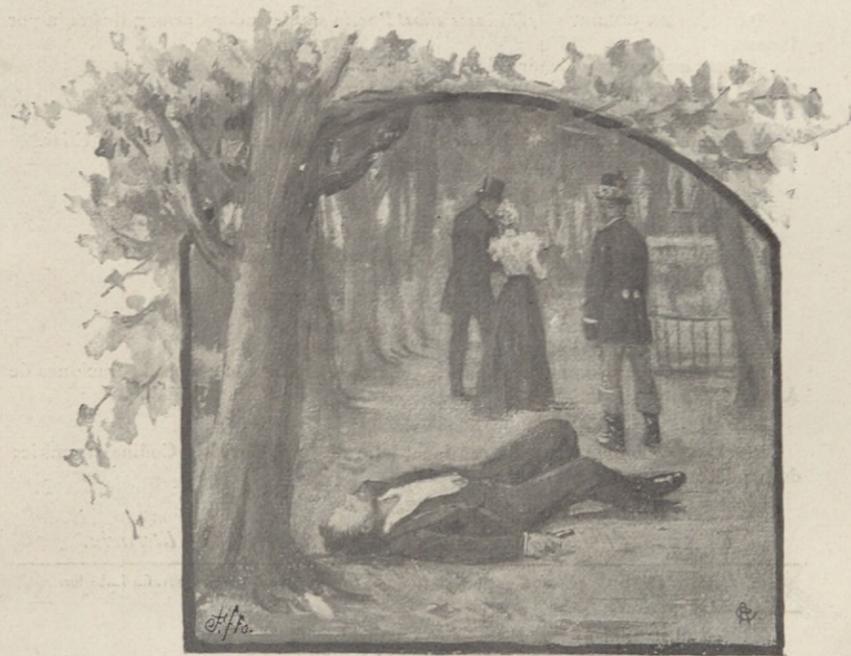
La gente corre hacia el sitio de donde ha partido el disparo.

Magdalena y su acompañante son de los primeros que llegan.

Sobre la hierba yace inmóvil un joven elegantemente vestido. Su rostro está ensangrentado, y su diestra oprime todavía la pistola con que acaba de darse muerte.

Es Enrique.

Magdalena le contempla sin inmutarse, y exclama, con acento compasivo:—¡Un suicida! ¡Pobre muchacho!



—¡Tragedias de la vida!—dice el caballero que acompaña á Magdalena—¿Qué misterio, para nosotros indescifrable, encerrará la muerte de ese hombre?

—¡Quién sabe!—responde Magdalena, con frialdad estoica.

Después de una pausa, exclama el caballero:—Vamos de aquí, querida, que este espectáculo conmueve tus delicados sentimientos y excita tu sistema nervioso.

Y... volviendo á engolfarse en su interrumpido diálogo, desaparecen ambos por la extensa calle de árboles.

PEDRO BARRANTES

TEATROS

DESDE mediados de Julio, en que cesaron, después de una honrosa y productiva temporada, las compañías—que hemos dado en llamar de verso, aunque para el teatro ya casi todo se escribe en prosa,—de las dos Marías, Tubau y Guerrero, eminencias relativas de la dramática española, no ha habido espectáculo digno de especial mención, en esta tierra de los espectáculos públicos; á no ser algunas audiciones de ópera italiana, con cantantes de nuestra cosecha, los más de ellos, que se hallaban, como cada año, veraneando descansadamente en sus patrios lares, bien ajenos, acaso, de pensar que ni aquí les dejarían tranquilos. Y conste que mi alusión á su nacionalidad no tiende á rebajarlos; muy por el contrario, me envanezo de contar entre mis paisanos, artistas de tan sólida y universal reputación.

Los aficionados al divino arte han estado de enhorabuena; en Novedades han oído óperas de empeño, cantadas admirablemente por Avelina Carrera, Josefina Huguet, Matilde de Lerma, Blanchart, (él y ella) Engel, Aragón, Puiggener, Rossato, Riera, etc., y concertados por el insigne Goula; en el Lírico, se les ha revelado una estrella deslumbradora, una *diva* de quince años que les ha vuelto locos, permítaseme la hipérbole. Me refiero á la Barrientos, novel artista que promete eclipsar á las más renombradas... si se lo deja cumplir el prematuro derroche que hace de sus preciosas facultades. Dicho esto, vengamos al presente y veamos, por partes, qué atractivo nos ofrecen las empresas teatrales, para el próximo invierno.

TEATRO PRINCIPAL. — Decano de los coliseos barceloneses, razón que nos obliga á darle la preferencia. — «Un tiempo fué que en cítara sonora»... cabe exclamar, con el poeta, al reconocer el descenso progresivo del que un día era santuario del arte, penúltimo escalón (1) de la gloria, para los comediantes de antaño. ¿Qué le resta de su antiguo esplendor? Poco, por desgracia; pues si sus condiciones de elegancia, sonoridad y belleza material continúan las mismas ó han mejorado quizá, desapareció de él la belleza del genio. Aquellos dobles cuadros de actores sobresalientes que en mi juventud embargábanme los sentidos, aquellas compañías de zarzuela *grande*, en que los ejecutantes tenían voz y cantaban bien, no se encuentran reunidos ya, ni para un remedio. De la decadencia visible y rápida de nuestro teatro, el Principal de Barcelona, sufre los tristes resultados,—pues los escasos cómicos de valía que quedan los *necesita* Madrid;—y gracias si un empresario de inteligencia logra, con medianías de buena voluntad para el trabajo, sostener su decoro ya que no devolverle su prestigio.

El de este año, autor en ambas lenguas—castellana y catalana—muy aplaudido por más señas, blasona de experto en la materia y asegura, á voz en grito, que hará una brillante campaña. Mucho lo celebraré. Es un genial; y si la inspiración le sopla del lado bueno... Por lo pronto, ha tenido una idea original é ingeniosa: la de doblar los precios en las dos funciones de moda semanales. Se la aplaudo; en la creencia de que sus cálculos sobre la vanidad humana no saldrán fallidos; pero temo que en otras genialidades... En fin; poco ha de vivir quien no lo vea. Desde luego, ha sabido escoger entre lo mejorcito de cada cosa, formando una compañía de declamación bastante regular; con los populares Carmen Parreño y Bonaplata por base y el refuerzo del joven Salvat, que, en la última temporada, supo ganarse bravamente el dictado de primer actor.

GRAN TEATRO DEL LICEO. — Al escribir estas líneas, ignoro la fecha inaugural de la de este suntuoso coliseo, y sólo sé que el maestro Vehils, á cuyo cargo corre la empresa, se propone presentar artistas de nombradía, dignos de la aristocrática concurrencia que, en general, engalana su recinto, y en armonía con las apariciones de los *dilettanti* barceloneses que son muchos y exigentes... hasta la exageración; debida ésta á su entusiasmo por el arte lírico. En los círculos filarmónicos asegúrase que

se estrenarán algunas óperas, con el esmero y la esplendidez de costumbre. Así debe ser, veremos como se luce el nuevo empresario, siquiera para corresponder á la campaña realizada en su favor por los que tuvieron empeño en que se le adjudicara el teatro y á lo que de su pericia espera el público de esta capital.

TEATRO ROMEA. — Después de una transitoria ausencia, han vuelto al redil las ovejas descarriadas; equivalente á decir que figuran otra vez en las listas del *Teatro Catalán*, los populares Soler, Goula, Fuentes y Capdevila, que, con el inolvidable Joaquín Parreño y el malogrado León Fontova, lo elevaron á una altura de la cual desgraciadamente empezaba á decaer; en particular desde la pérdida de su fundador, el célebre *Pitarra*. Ahora recobrará, á no dudar, su antigua lozanía, pues en la unión de todos los elementos estriba la fuerza del conjunto. Y este es excelente... para las obras catalanas, ya que, además de los citados, forman el cuadro principal Carlota Mena,—adquisición por la cual felicitamos á la empresa—Concha Palá, Ana Monner, Adela Clemente, Enrique Borrás, Santolaria, Jiménez y Virgili; actrices y actores en quienes el público y la prensa han hallado siempre méritos que aplaudir.

El primer estreno de la temporada fué *Mossén Janot*, de Guimerá; obra conocida en la Corte antes que aquí; (?) al menos su traducción, hecha por don José Echegaray. Esta, pese al talento del gran dramaturgo, no añadió un solo quilate á la justa fama del autor catalán; y lo propio le sucede al original, aun que en la noche del estreno el auditorio le acogiera con agrado, aplaudiendo sus bellezas y pasando un velo sobre los defectos.

ELDORADO. — ¡Lo que es la suerte! Rafael Ribas, hombre no lego en negocios teatrales, alzó á sus expensas este local, y lanzóse á su explotación, considerándola en extremo lucrativa; pero, los barceloneses se empeñaron en demostrarle lo contrario, y rara vez se vió en él una concurrencia regular. Aquella malhadada empresa le costó el dinero, la salud... y, pensando lógicamente, la vida. Si levantara hoy la cabeza, se convencería de que la fortuna no es para quien la busca, sino para el que la encuentra; donde el desgraciado se arruinó, otros hacen su Agosto... en todos los meses del año. ¡Verdad que en tiempo de mi pobre amigo no se había inventado todavía el género *chico*!

Gracias á ese espectáculo modernista, que por una aberración del gusto, va echando hondas raíces en nuestra desquiciada nación, el teatro de la Plaza de Cataluña se ha convertido en un filón inagotable, pues las representaciones se cuentan por llenos; al revés precisamente de lo que sucedía cuando en su escenario se representaban producciones de peso y calidad, y lo pisaban artistas de veras. Con escasas y honrosas excepciones, cuanto allí se oye y ve, está cortado por idéntico patrón; el del flamenquismo, que sólo tiene razón de ser en los cafés cantantes y ante auditorios *sui generis*. Pero eso gusta al público, á cierta clase heterogénea y harto numerosa de público, que todo lo toma á risa, y... asistiendo cada noche al bullanguero *Eldorado*, pasa la vida riendo.

Debo confesar que los prosélitos de Momo disfrutaban allí á *tutti pleni*; porque el afortunado empresario, curtido ya, en el oficio, cuida matemáticamente de que no falte variedad y atractivo en el personal, no se da punto de reposo en estrenar las obras,—apenas obtienen la sanción de los madrileños,—y las presenta bien ensayadas, y con el ajuste necesario para que parezcan buenas, aunque no lo sean; ayudándole en esa sofisticación la inteligente batuta del maestro Cotó y la esmerada dirección escénica de Manolo Rodríguez.

NOVEDADES. — Cepillo en puerta. Este veterano actor que, aparte de lo que ha valido sobre las tablas, está dotado de una imaginación fecundísima para el reclamo, hasta el punto de hacer que Barcelona en peso rindiera culto, por espacio de tres meses, á *dos pilletes* de raquílica naturaleza y mediana condición; se trae de París, á lo que parece, un *maestro de armas* cuya estocada es infalible. Digámoslo claro: trátase de otro melodrama transpirenaico, muy gordo, mucho, más que el de marras; con decorado nuevo é intérpretes *ad hoc*. El atractivo principal de la obra consistirá, según noticias fidedignas, en un *asalto por toda la compañía*, que desde hace algún tiempo viene ejercitándose, sin distinción de sexos, en dar tajos y mandobles; deseosa de presentar con la propiedad debida, esa *novedad* del futuro empresario de NOVEDADES. ¡Vaya si el asunto presta, para anunciarlo con bombo y campanas. ¡Y que no sabe hacerlo el amigo Cepillo! En fin; tanto mejor para él si la nueva producción alcanza el éxito de su antecesora: lo que no será difícil, á poco que valga; porque aquella, francamente, es malilla de cuerpo entero; salvándola entonces de un fracaso la irreprochable pulcritud con que el veterano actor la puso en escena.

GRAN-VÍA, NUEVO RETIRO, CIRCO BARCELONÉS. — Mucho siento que la falta de espacio me impida hablar de ellos, como era mi deseo; pero día llegará en que cumpla ese deber de cortesía. Perdónenme los respectivos directores, Riquelme y Ruíz de Arana, Vega y Labastida, si, por esta vez, he de contentarme con citar sus nombres; omitiendo el ventajoso juicio que me merecen su laboriosidad y talento.

Quédese esto para mi próxima revista.

A. B. JORRO

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

- CUBIERTA EN COLOR; de A. M. Tamburini.
Mira con quien andas... y sabrás quien es. Caricaturas de Miguel Navarrete.
 PÁGINAS EN COLOR. — ¡Dichosos ellos! Poesía de Salvador Carrera; ilustrada por Passos.
Primer aniversario. Cuadro de José Triadó.
La vida y la muerte. Cuadro de Modesto Urgell.
El momento más cruel. Cuadro de A. Coll.
 PÁGINAS EN NEGRO. — ¡*Yasgan en paz!* Artículo de Francisco Gras y Elías.
Notas artísticas. Apunte; de J. Masriera.
El ciprés. Artículo de Luis Vega-Rey.
Notas artísticas. Boceto de M. Urgell.
El día de difuntos. Antaño y ogaño: artículo de Rafael del Castillo.
El linaje. Cuento de Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de Coll.
La redención. Artículo de A. Riera.
Regeneración artística. Artículo de E. Rodríguez Solís.
Nuevo peligro. Cuadro de José Fernández Alvarado.
Madrid elegante; por Montecristo.
El ideal. Novela corta, original de Julián Pérez Carrasco; con ilustraciones de A. Serriá.
 MOSAICO.
 REGALO. — *Intima.* Canción catalana; letra de José Garcés y Codinach, música de Juan Romaní y Guerra.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

(1) El último, el Teatro Español, de Madrid.



JOSÉ RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ (Cádiz).

Autor de la *Quadrille* que acompaña á este número.